



In memoriam

Dr. Delfino Gallo Aranda

Ten presente Sancho, el camino es siempre mejor que la posada.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Esta expresión de Cervantes bien pudiera haber sido creación del Dr. Delfino Gallo, quien si bien hasta donde sé nunca la expresó verbalmente, sí la manifestó con su vida y obras.

Las huellas de mi caminar, escritas por él en seis fascículos, expresan y reflejan, algunas veces con claridad diáfana, otras entre líneas, el sentir de un hombre bueno, positivo y congruente, que transitó por la vida intentando siempre hacer el bien, entender su entorno, dimensionar su presente y lo que sólo en mentes privilegiadas se aprecia, intuir el futuro.

Pensador reflexivo, analista de la historia y del pasado, buscó y encontró en el conocimiento humano, en la ciencia, en la observación científica y en la experiencia, fuentes de inspiración que le permitieran ser útil a la humanidad, a su país y a su querida Guadalajara.

Orgulloso de su origen, de su barrio de Analco, de su Hospital Civil, de su familia, integró a su personalidad, con naturalidad, sencillez y vitalidad, las experiencias vividas a través de las diversas etapas de su existencia.

De su padre aprendió las leyes del equilibrio y del movimiento de los cuerpos, así como la habilidad artesanal aplicada a la mecánica, lo que le permitiría utilizar la física en su ejercicio médico. Recuerdo con agrado haberlo acompañado en algunas ocasiones al taller de su hermano Arturo y observar el entusiasmo de ambos, cuando el maestro Gallo planteaba la posible creación de un nuevo instrumento médico.

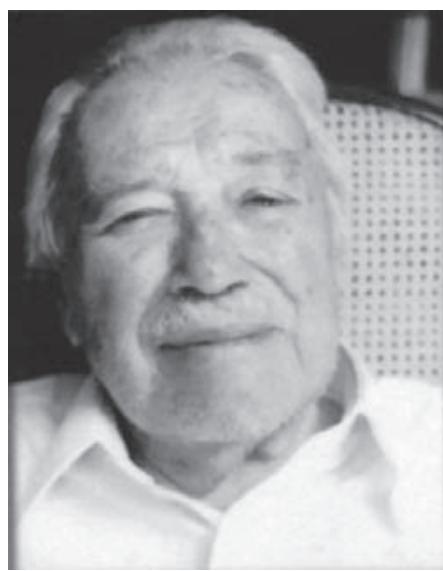
Su insaciable sed por la cultura le condujo una y otra vez a abreviar en las fuentes de la ciencia y de las artes, logrando con ello un acervo de conocimientos poco común. No obstante lo anterior, manifestaba su cultura sin petulancia ni exhibicionismo, por el contrario, lo hacía con sencillez y oportunismo. La resultante era, para quienes tuvimos el honor de ser sus alumnos o amigos, un fuerte deseo de imitación y de búsqueda del conocimiento. Estas cualidades y estos intereses dieron lugar a que el Dr. Gallo fuera no sólo un notable médico y un experto cirujano, sino que

también se consolidara como un hombre de ciencia y un ciudadano responsable. Su espíritu inquisitivo lo llevó por los derroteros de la investigación y su compromiso social lo orientó fuertemente a la docencia, a la práctica asistencial en el Hospital Civil y a la defensa de los derechos del paciente de pobres recursos.

A este respecto, debo recordar el papel trascendental que desempeñó en el actuar del Patronato del Hospital Civil y en la defensa del Hospital-Escuela, cuando vientos políticos desfavorables tramaban la desaparición del que hoy es el Nuevo Hospital Civil Juan I. Menchaca.

Sus inquietudes literarias lo condujeron no sólo a escribir sus memorias, sino también muchos artículos médicos y no médicos, que publicó en diversas revistas nacionales e internacionales. Además, durante nueve años fue columnista del periódico *El Occidental*. En el campo de la medicina fue también autor del primer libro de urología ginecológica editado en México.

Fue también un agradable y oportuno charlista, que aprovechaba hasta sus errores para darle agradables matices de



alegría y broma a sus pláticas, incluso injertaba también en sus charlas bromas que usamos los hombres en defensa del “yugo conyugal”, si por ejemplo se trataba de la narración de un viaje, le tomaba a Doña Consuelo una fotografía cargando alguna maleta al propio tiempo que expresaba: “Miren como la traigo”.

Médico por vocación, veía al paciente integralmente sin perder nunca el todo y principalmente su alma. Su vida estuvo ligada a la medicina siempre, incluso la elección de su compañera, la querida Doña Consuelo, decía él en broma, tuvo algo que ver con un cuadro agudo de apendicitis. Él narraba con agrado y traviesa expresión que, “como su novia lo atendió con especial esmero y cariño, durante su convalecencia, no hubo de otra y se casó”.

Doña Consuelo fue siempre para el maestro, apoyo y fortaleza incondicional. Quiero aprovechar el momento para expresarle a usted Doña Consuelo, además de mi cariño personal mi admiración por su trascendental papel en la vida y obras de mi querido maestro. Usted estuvo en todo momento a su lado, en las buenas y en las malas... recuerdo cómo le festejaba sus narraciones aun cuando éstas se hubieran tornado reiterativas en los últimos años de vida. Orgulloso de sus hijos Rogelio, Alejandro y Marco, el maestro narraba con especial cariño las diversas experiencias vividas en unión de ellos.

Aunque la vida del maestro Gallo fue difícil en los últimos años, producto del deterioro físico que el inexorable paso del tiempo produce en todo ser humano, aún en el más apto, como fue su caso, su desaparición física nos llena de dolor y tristeza a quienes, como el que habla, tuvimos la oportunidad de tratarlo, admirarlo y quererlo durante varios decenios y aquilar su vigor, personalidad y trascendencia histórica que tuvo para la buena marcha de la medicina y especialmente de la ginecología mexicana.

Los vetustos corredores del Hospital Civil Fray Antonio Alcalde, los quirófanos, territorio predilecto de sus grandes hazañas o luchas desesperadas por vencer la enfermedad, que en ocasiones era imposible doblegar, la sala Salvador García Diego, en la que alguna vez expresara... “Hubiera querido exhalar su último soplo de vida”... son hoy mudos testigos de su presencia histórica, de su habilidad quirúrgica, de su entrega profesional y humana, de su vocación por la medicina y su pasión por la docencia.

El maestro Gallo recibió el título de médico a la edad de 22 años, ocupó tempranamente el puesto de director del Hospital Civil y, durante muchos años, el de jefe del Departamento de ginecología y obstetricia. Maestro durante toda su vida, enseñó a muchas generaciones de médicos el arte de la cirugía ginecológica y promovió con especial entusiasmo la práctica de la cirugía vaginal.

Conocí al maestro cuando siendo estudiante de medicina llevé la cátedra de Endocrinología y posteriormente de Clínica ginecológica. Me agradó su forma de enseñar, así como su sencillez y espontaneidad.

Siendo interno, tuve la fortuna de cursar un trimestre por el servicio de otro distinguido maestro, el doctor Miguel Baeza Agraz; la proximidad de este servicio, con el del maestro, así como la amistad que establecí con sus residentes, me permitió la oportunidad de verlo operar y explorar a las pacientes: admiré todavía más su técnica quirúrgica y su comportamiento en el quirófano. Estas experiencias fueron determinantes para que tomara la decisión de ser ginecólogo.

Por azares del destino tuve la oportunidad, ya recibido, de trabajar con él como ayudante en su trabajo privado durante más de cinco años. Eran aquellos tiempos, segunda mitad de los años cincuenta, época de oro de la cirugía privada, operábamos de una a dos intervenciones diarias.

Debo agradecer al maestro, aparte de su capacidad docente, su sencillez y trato amable y tolerante con nosotros sus alumnos. Me enseñó cirugía pero, más que ello, me enseñó a disfrutar el acto quirúrgico, a controlar mi temperamento cuando las cosas no iban del todo bien y a mantener siempre el equilibrio emocional... Quiero expresarle maestro Gallo, en nombre de un gran número de ginecólogos que fuimos sus alumnos... gracias, gracias Maestro por sus lecciones de cirugía, por sus lecciones de vida, por la siembra que en nuestras almas supo incubar para seguir sus pasos, para aspirar a ser como usted... amantes del ejercicio médico, de la docencia y de la investigación.

Pero por si algo faltara, el doctor Gallo me honró con su cariño, con su amistad, lo que ha representado para mí un inmerecido honor y un privilegio que mucho estimo... Lleno de gratitud le digo adiós al maestro, hasta luego al amigo.

Oscar Flores Carreras